

IGNACIO IRIARTE

Si Guipúzcoa, durante los siglos XVI al XVIII fué fecunda en escultores y en rejeros, no lo fué en pintores, pues no pasan de cinco o seis los conocidos, y de éstos, tan borrosa es la huella que dejaron de su paso por el mundo, como escasas las muestras que de su talento artístico han llegado hasta nuestros días.

Dos pintores guipuzcoanos alcanzaron fama merecida : Ignacio Iriarte en España y Baltasar Echave en Méjico. Ninguno de los dos pintó en Cuipúzcoa, de donde salieron muy jóvenes para no volver jamás.

Pero no por carecer entonces Guipúzcoa de notables pintores que tuvieran sus talleres en la provincia, dejó ésta de poseer obras artísticas de gran mérito debidas a pinceles extraños al país, citadas por viajeros y elogiadas por quienes de cosas de arte se ocupan. De trípticos había en Guipúzcoa un tesoro, y para apreciarlo así, tenemos en cuenta, además de otras noticias muy curiosas, lo escrito por D. Vicente Corderera, quien al estudiar, en un prólogo a interesante libro, la influencia que tuvo la pintura flamenca, dice que en Castilla abundaban, más que en otra parte, las obras de aquella escuela «por las muchas pinturas que desde el reinado de Felipe *el Hermoso*, o antes, empezaron a traer nuestros magnates y los comerciantes, sobre todo guipuzcoanos, que tenían en Flandes grandes relaciones de comercio».

Y no fueron aquellos opulentos comerciantes los únicos que demostraron buen gusto y amor a su país enviando desde lejanas tierras meritísimas obras de arte; también los muchos guipuzcoanos que des-

empeñaron los altos cargos de Virreyes, Embajadores y Secretarios de Estado, trajeron a Guipúzcoa, a sus templos y a sus Jauregiak, cuadros y esculturas de Flandes, de Castilla y de Andalucía, y lo que vale más, cultura artística que aplicaron en la construcción y decorado de sus casas palacios, residencias que más de una vez sirvieron de suntuoso alojamiento a los Monarcas, y algunas de ellas existen hoy día luciendo bellísimas portadas del Renacimiento.

Aquellas pinturas firmadas por artistas como Murillo, Greco, Lucas de Leyden, A. Durero, Bayeu y Deriksen, y aquellas esculturas entre las que sobresalían las de Salvador Carmona, Martínez Montañés, Basoco, Mena, los Michel, Ron y el prodigioso Gregorio Hernández, superior a éstos en nuestra insignificante opinión, formaron en Guipúzcoa, unidas a las obras de los escultores guipuzcoanos, una hermosa colección de gran riqueza artística, de la cual se conservan preciosas imágenes y talladas labores en los retablos de la provincia; pero los lienzos valiosos y los trípticos que por su calidad y cantidad llamaron la atención, han desaparecido casi todos.

Y como de estas obras de arte se tratará en capítulo a ellas dedicado, hablaremos ya de los pintores, empezando por el paisista Ignacio Iriarte, excluyendo de esta relación, con gran sentimiento, a Juan de Jáuregui y a Fr. Martín A. Irala Yuso, porque publicada por el señor Jordán de Urries la partida bautismal de Jáuregui, queda demostrado, de incontestable manera, que el poeta-pintor nació en Sevilla, no en Vergara, según dicen Isasti y algún otro, como también está probado, que Fr. Martín nació en Madrid y no en Anzuola, de donde era su familia.

*
* *

Sabido es, por todo el mundo culto, lo que fué la escuela andaluza de pintura durante el siglo XVII, y conocidos son los lienzos que sus inmortales maestros produjeron. Sevilla era el centro de aquella vida artística, albergue de la numerosa legión de pintores que en sus célebres talleres trabajaban, y a Sevilla llegó, en 1642, Ignacio Iriarte, al cumplir los veintidós años de edad, con los escasos conocimientos adquiridos en Azcoitia, su pueblo natal, llevado por su entusiasmo y su vocación artística, muy decidida, sin duda, cuando le hizo emprender tan largo camino, cruzar España, en aquella época de tan difícil y peligroso viajar,

Que Ignacio Iriarte, antes de dedicarse a la pintura de paisaje, con laque adquirió fama, empezó dibujando la figura humana e intentó la composición de cuadros con asuntos históricos y religiosos, puede darse por seguro, porque en el taller de Herrera, el primero que frecuentó al llegar a Sevilla, figuras dibujaría, como todos los que con él estaban en aquel estudio, para trasladarlas a los lienzos representando santos o héroes, y también, porque durante su vida artística, pintó asuntos de aquel género, mejores o peores. Si es cierto que Iriarte, para dar expresión a sus personajes, distribuirlos y componer escenas carecía de inspiración y de maestría, no lo es que careciera de corrección en el dibujo ni de cierta habilidad para componer.

Pronto, y casi por completo, abandonó este género de pintura, decisión que le causaría amargos ratos, pero con ella dió una prueba más de su modestia y de poseer el raro talento de conocerse a sí mismo. Analizando Iriarte sus facultades, vería con claro juicio que sus cuadros no llegarían jamás a igualarse con los de los maestros insignes que con él pintaban, y no quiso ser adocenado pintor de santos al lado del soberano pintor de las Concepciones; no imitó a otros compañeros suyos que, petulantes o engañados, persistieron en pintar cuadros sin mérito, olvidados luego, pintores y lienzos, en el demasiado crecido montón de lo vulgar, sino que decidido, con el tesón propio de su raza, toma una nueva orientación, más apropiada a sus facultades artísticas, que eran muchas y buenas, y busca en la naturaleza, en las luminosas campañas andaluzas, inspiración y modelo para sus cuadros.

Ignacio Iriarte acertó. No tardó en ser conocido como excelente paisista, y evidencia lo que se extendió la buena fama, la gran cantidad de cuadros suyos que se adquirieron en Francia para Museos y para adornar los primorosos salones de los cortesanos de Luis XIV. Satisfecho quedaría el amor propio artístico de Iriarte al considerar que aquel señalado aprecio a su talento, no obedecía, por cierto, a carecerse en el extranjero de buenos paisistas, porque eran eminentes y de los más célebres los que en aquellas comarcas y en aquel mismo siglo, se dedicaban a este género de pintura, en el que sobresalían Jacques d'Arthois, el más notable de la escuela flamenca, la primera que, como dice Waters, con praderas, bosques y playas supo hacer arte; Claudio Gellé, de Lorena, admirable por la luz de sus cielos y manera de señalar distancias, Ruysdael y otros de menos fama.

Una de las buenas cualidades que Iriarte tenía para lucir como pai-

sista, era su fecunda inventiva, porque sabido es que, en aquella época, componían los paisajes caprichosamente, aun apreciando, como apreciarían tan grandes artistas, que no hay imaginación, ni talento, ni inventiva, capaces de producir la inmensa variedad que ofrece la Naturaleza. Así vemos que en los paisajes de entonces abundan, con pocas excepciones, los elementos decorativos colocados a gusto del pintor, como acueductos, torres, grupos de columnas, ruinas, capiteles por el suelo, árboles cortados o de alargado tronco para facilitar la vista de lejanas, azuladas montañas, de torrentes o aldeas, y todos o casi todos con frondosos bosques.

P.

(Concluirá.)



IGNACIO IRIARTE

(Conclusión.)

Pintando así Iriarte, con sumogusto y capricho, como dice Cean, tuvo la habilidad de evitar el amaneramiento y lo vulgar, resultando sus paisajes, sin dejar de ser decorativos, bellísimas obras de arte. Eminente colorista, los variados matices del cielo, de las aguas y de los árboles, no fueron secretos para él, que era maestro en distribuir tonos y luces, elementos esencialísimos de la pintura de paisaje. «Il semble s'être assimilé le coloris harmonieux et doux de Murillo», escribe Lefort, quien lo mismo que los críticos que de Iriarte y de sus obras se ocupan, le dedican grandes elogios, y como muestra traducimos el siguiente párrafo de un biógrafo extranjero:

«En 1660, Iriarte llegó al apogeo de su talento gozando de una reputación inmensa y merecida..... Los paisajes de Iriarte se distinguen por la profundidad de sus horizontes, limpieza de cielos y aguas, ligereza del follaje, armonía general del conjunto y por la gran variedad de sus composiciones. En su pintura se encuentra a la vez, la gracia y elegancia de Murillo y la energía llena de grandeza de Salvador Rosa. El Museo de Madrid posee cuadros de este maestro eminente, que está representado en el Louvre por algunos hermosos paisajes.»

Muñoz y Gaviria, al estudiar a Murillo en su Galería de pintores, dice que este maestro «vivía en la mejor inteligencia con un paisajista llamado Iriarte, hombre que al decir del mismo Murillo, tenía una inspiración divina para el paisaje y las flores. Iriarte pintaba el fondo de los cuadros de Murillo, poniendo en ellos árboles hermosos, sitios risueños o agrestes, según lo requería el asunto, cristalinas aguas y va-

porosas lontananzas que venían perfectamente con la idea de Murillo. Los dos juntos tenían más talento que el que se necesitaba para hacer una obra maestra. Murillo en cambio pintaba a Iriarte las figuritas de sus paisajes».

«Longtemps ils associèrent leurs pinceaux dans les tableaux de chevalet, dont Iriarte peignait ce paysage et où Murillo plaçait quelque scène de la Bible ou de l'Évangile», dice otro crítico.

Algunos han censurado a Iriarte porque acudió al pincel ajeno para colocar escenas mimadas en sus paisajes, y esta censura es injusta y peca de ligera. Como ya hemos dicho, Iriarte careció de inspiración para componer grandes cuadros con figuras; pero es inadmisibles y hasta ridículo creer que un pintor de su talla y de su talento, discípulo de Herrera durante mucho tiempo y profesor de la Academia de Bellas Artes, no pudiera dibujar las sencillas y pequeñas figuritas que decoraran sus paisajes. Su cuadro «San Ignacio de Loyola, herido», que se guarda en el Alcazar de Sevilla, con bien dibujadas figuras de tamaño casi natural, demuestra que quien lo dibujó y pintó, pudo con menos habilidad dibujar y pintar figuras de reducidísimo tamaño. No, Iriarte no quedaría suspenso y absorto delante del caballete, impotente para pintar un pastorcito, un caminante o un ermitaño orando ante tosca cruz clavada en la peña. Iriarte al acudir a esta colaboración, no hizo más que seguir una costumbre establecida por casi todos los más insignes paisistas de su época. Jacques d'Arthois se alababa de que en sus cuadros pintaran romerías y grupos de cazadores, Teniers (el Viejo), Zegers y H. Clerck, y en el Museo del Prado se admiran muchos de estos lienzos; Claudio de Lorena tuvo colaboración, pero no fue muy distinguida porque las figulinas pintadas por varios, Lauri entre ellos, dejan bastante que desear, tanto, que el mismo Claudio decía: vendo mis paisajes y regalo las figuras; Bartolomé Breemberg (quien, lo mismo que Iriarte, se dedicó al paisaje después de ensayar la pintura histórica) solicitó el auxilio de Poelemburg para que pintara personajes; los paisajes de Brueghel los animaba Van Balen; los de Boudesvyns se avaloraban con los caballos, vacas y rebaños admirablemente dibujados por B. Bout, y el famoso pintor de batallas Menlen, poblaba las alamedas y los parques que pintara d'Arthois con soldados, comitivas y carrozas de Luis XIV. En algunos cuadros de éstos citados, el paisaje es secundario, lo cual prueba que era mutuo el auxilio artístico que se prestaban aquellos maestros.

Interminable sería la lista de los pintores flamencos, italianos y españoles, que pintaron en colaboración con otros, pero ninguno la tuvo tan envidiable como la de Iriarte, ninguno pudo enorgullecerse de que sus países se animaran con escenas pintadas por Bartolomé Esteban Murillo.

Esta artística colaboración que tanto aumentaba el valor de los cuadros de Iriarte, terminó bruscamente por un motivo bien pueril. Un aficionado encargó a Iriarte varios cuadros con la condición de que éstos tuvieran figuras hechas por Murillo, y convenido asunto y precio, quiso Iriarte que empezara el cuadro Murillo y éste se empeñó en que el otro hiciera antes el país, terminando la cuestión Murillo, «que seriamente incomodado» pintó él solo los personajes de la escena y el país del fondo.

«Al acabar de pintar aquel cuadro, dice Muñoz Gaviria, en el que de un solo golpe pintó Murillo figuras y paisaje, acababa de revelarse en él un nuevo artista, cuya existencia él mismo no sospechaba: un admirable paisajista (1). Lo mismo habrá sucedido a Rubens. Y un crítico anónimo, que a juzgar por sus atinadas observaciones sabía ver pintura, después de narrar la citada escena de la terquedad, dice que Murillo, no queriendo depender de nadie, emprendió a hacerse por su mano los países de sus cuadros y el primer ensayo fué ya, sin disputa, una obra maestra. En este sentido, es en el que puede admitirse la opinión de Lefort, de que Iriarte fué el iniciador de Murillo en la pintura de flores y países.

Cierto o no el episodio, la amistad fraternal de los dos maestros no concluyó ni se debilitó siquiera, como se ha dicho, porque el pintor guipuzcoano, además de amigo cariñoso, era admirador sincero del sevillano, y así lo demostró en varias ocasiones de su vida y de manera muy especial en su cooperación entusiasta para realizar el proyecto que preocupaba a Murillo, de fundar una Academia de Bellas Artes, porque es muy cierto lo escrito por Luis Alfonso en su libro dedicado a Murillo, que Iriarte « además de contribuir con sus pinceles al esplendor de la escuela sevillana, contribuyó con su perseverancia secundando la iniciativa de Murillo para crear la Academia».

Esta Academia de Bellas Artes de Sevilla se fundó en el año de

(1) En el Museo del Prado hay dos paisajes de Murillo. (Núms. 898 y 899.)

1660, con más de 139 profesores que firmaron la esciitura de fundación, citada por Antonio Ponz y copiada por Cean. Instalada en la casa lonja eligió presidente a Murillo y secretario a Iriarte, elección que constituye una prueba más de que la amistad de aquellos dos artistas continuaba inalterable. Entusiasta de la Academia su secretario, alternó el profesorado en las clases con aquel trabajoso cargo, para el que fué reelegido en 1667. Dos años después, ya no figura su nombre en las actas, sustituyéndole en la secretaría Cornelio Schut. Por esta circunstancia, citan algunos la fecha de 1669 como la de su fallecimiento, pero esta pérdida no la sufrió el arte hasta el año 1685.

Pocas son las noticias que tenemos para conocer la vida privada de Iriarte, pero de las sabidas se deduce que el maestro azcoitiano observaba una conducta intachable. Su nombre no figuró en las aventuras tan frecuentes en aquella época, y además, era inseparable compañero de Murillo y conocida es la moral austera y la religiosidad de este gran maestro. Que era trabajador asiduo, lo dice su activa y fecunda vida artística, y puede suponerse que era amante de la vida de familia, con saber que al cumplir los veintinueve años de edad, nuestro buen Ignacio ya se había casado dos veces. La primera con Francisca Chaves en 1646, y fallecida ésta en plena luna de miel, contrajo segundas nupcias con María Escobar en 1649.

*
* *

Se conservan cuadros de Iriarte en el Museo del Prado, no muy dignos de su pincel; en el Alcázar y casas particulares de Sevilla los hay muy notables, y en el extranjero otros de valor, como lo son los que guarda el Louvre. Pero no todos los lienzos de Iriarte que pasaron la frontera estaban legítimamente adquiridos; al cabo de siglo y medio de pintados se llevaron algunos contra la voluntad de su dueño, y, por cierto, no mal acompañados, pues en el mismo Inventario en que se anota la salida de Sevilla de dos cuadros suyos, consta que el mariscal Soult sacó con ellos, de la capital andaluza, 43 lienzos de Murillo, 40 de Alonso Cano, 82 de Zurbarán, 3 de Alberto Duero, 74 de Valdés Leal y otros, hasta completar 999 cuadros elegidos y llevados a París en el año 1810, por el aprovechado mariscal.

La falta de cultura artística de Soult, produjo en muchos de aquellos lienzos daños irreparables que produjeron la indignación de los ar-

tistas de todos los países y la protesta escrita de eminentes críticos franceses (1).

No tenemos noticia de que existan cuadros de Iriarte en Guipúzcoa. Quizá en la sala de ciertas casas de la provincia esté colgado, silencioso y cubierto de polvo, algún lienzo suyo, y quizá también sea este lienzo el mejor de todos los pintados por el artista guipuzcoano, pero no hemos tenido la suerte de hallarle en nuestras pesquisas, que no darnos por terminadas, como tampoco desistimos de averiguar el paradero del retrato de Iriarte pintado por Murillo.

P.

(Del libro inédito « Guipúzcoa artística en los siglos XVI, XVII y XVIII ».)

(1) «Les restaurations de deux celebres tableaux espagnols, provenant du Marechal Soult, avaient seules provoqué quelques reclamations. L'une d'elles, ils est vrai, celle du tableau de la Nativité, pouvait donner lieu a des legitimes critiques. Car, non content de nettoyer le tableau, le restaurateur!! en avait bravement fait disparaître un effet de soleil couchant auquel le public était des longtemps habitué. A cela ou a répondre que ce soleil couchant était une fantaisie du Marechal Soult, qui l'avait lui même fait ajouter a l'œuvre de Murillo». (Causeries artistiques.—Laisterye. Paris. 1862.)

Cuando tuvieron la osadía de pintar en aquel lienzo, considerado por el cabildo de Sevilla como joya de la Catedral, ¡qué no se hubieran atrevido a hacer en los paisajes de Iriarte aquellos restauradores, para quienes Luis Viardot pedía que se les colgara, por bárbaros, de los mismos clavos que sostenían los cuadros, para servir de lección y de ejemplo!

